

fecciones y en todas sus obras. Debemos adorarle en todo quanto ha hecho para con las criaturas: en todos los consejos de su misericordia y su justicia, respecto de los hombres, y principalmente de nosotros: en el decreto que pronuncié sobre nuestra vida ó nuestra muerte, y en todo quanto nos sobrevenga; por que todos sus consejos son eternos, inmutables, y llenos de sabiduría y de justicia. Finalmente debemos adorar á Jesucristo, Dios y hombre, en todas sus acciones. No hay cosa que no sea excelente en Jesucristo; todo es digno de nuestra adoracion. Adorar á Dios, como se ha dicho, es humillarnos en su presencia: preferirle á todas las cosas: desear su Reyno en nosotros: confesar que no somos nuestros, sino suyos: alabarle, bendecirle y admirarle. Y todos estos sentimientos del alma forman juntos aquella adoracion en espíritu y verdad que Dios nos pide.

A esta misma adoracion es consiguiente el respeto y veneracion profunda á su santo nombre; por la qual se abstiene el cristiano, no solo de toda blasfemia, sino tambien de pronunciarle por ligereza y poco miramiento. Y por lo mismo, siempre que haya de traer al Señor por testigo de alguna cosa, atiende con cuidado sumo á que sea verdadera y justa, y medie necesidad para el juramento, sin cuyas circunstancias es culpable.

Hay un culto enteramente opuesto al verdadero, que es la idolatria; la qual consiste en dar á alguna criatura el honor que se debe á Dios unicamente. La supersticion es un culto que se le quiere dar de un modo indebido y arbitrario: y tambien caen en ella los que ponen confianza en ciertas palabras, para alcanzar la salud, ú otros efectos. En general pueden llamarse supersticiosas aquellas practicas, en que se vé no haber conexion alguna entre las causas que se ponen, y los efectos que se esperan.

Diálogo 3.º entre el Eclesiástico y su Labrador. un
Labr. Al fin se nos ha hecho tarde, nostramo: por

